Rob Mathis

Sermón

Iglesia Rose Hill

7.6.25

1 Samuel 23:9-18

9 Cuando David supo que Saúl conspiraba contra él, le dijo al sacerdote Abiatar: «Trae el efod». 10 David dijo: «Señor, Dios de Israel, tu siervo ha oído con certeza que Saúl planea venir a Keila y destruir la ciudad por mi culpa. 11 ¿Me entregarán los habitantes de Keila a él? ¿Bajará Saúl, como tu siervo ha oído? Señor, Dios de Israel, díselo a tu siervo».

Y el Señor respondió: «Sí».

12 David volvió a preguntar: «¿Nos entregarán los habitantes de Keila a mí y a mis hombres a Saúl?».

Y el Señor respondió: «Sí».

13 David y sus hombres, unos seiscientos, salieron de Keila y siguieron moviéndose de un lugar a otro. Cuando a Saúl le dijeron que David había escapado de Keila, no fue.

14 David permaneció en las fortalezas del desierto y en las colinas del desierto de Zif. Día tras día Saúl lo buscó, pero Dios no lo entregó en sus manos.

15 Mientras David estaba en Hores, en el desierto de Zif, se enteró de que Saúl había salido para quitarle la vida. 16 Jonatán, hijo de Saúl, fue a ver a David en Hores y lo ayudó a encontrar fuerza en Dios. 17 «No temas», le dijo. «Mi padre Saúl no te pondrá la mano encima. Tú serás rey sobre Israel, y yo seré tu segundo. Incluso mi padre Saúl lo sabe». 18 Los dos hicieron un pacto ante el Señor. Luego Jonatán regresó a su casa, pero David permaneció en Hores.

Repaso de esta serie hasta el momento:

Hoy es el cuarto sermón de la serie, «David: un hombre complejo conforme al corazón de Dios». Hasta ahora, hemos explorado la familia de Jesé, un hombre de Belén con ocho hijos. Dios le ordena al profeta Samuel ungir un nuevo rey para Israel; este resulta ser el pastor David, el menor de los ocho hijos. En la segunda semana, vimos la lucha de David contra grandes adversidades desde la perspectiva de este pastor, en el contexto de los

conflictos en curso con la vecina Filistea, enemiga acérrima de Israel. David se enfrentó literalmente al gigante Goliat y lo derribó él solo con una piedra, una honda y una gran dosis del poder y la sabiduría de Dios.

La semana pasada profundizamos en la turbulenta vida y los tiempos del primer rey de Israel, Saúl, un hombre temeroso, enojado y celoso que exhibe profundos y oscuros defectos de carácter que tienen enormes implicaciones para el bienestar de una nación.

Continuamos esta historia con David y sus hombres en la ciudad desértica de Keila. Eligieron ir allí a instancias de los habitantes, quienes ansiaban ser rescatados del ejército filisteo que los asaltaba. David y sus hombres atacaron a los filisteos y los expulsaron. Algo que el rey Saúl era responsable de hacer, pero que había abandonado debido a su obsesión por perseguir y matar a David y a cualquiera que lo apoyara.

Luego, David se entera de que Saúl y su ejército planean destruir la ciudad, matar a todos los que apoyan a David y aniquilar a David y a sus tropas. Tengan en cuenta algunas cosas: primero, Saúl se ha vuelto completamente loco. Anteriormente en 1 Samuel, vemos que Saúl fue responsable de la masacre de toda una ciudad: docenas de sacerdotes, esposas, niños, bebés e incluso sus animales. Aniquiló la ciudad de Nob. Simplemente desapareció. Porque estas personas habían apoyado a David.

Entonces, David, mientras se refugiaba en Keila, le hace dos preguntas a Dios: ¿Vendrá el rey Saúl a Keila, y entregará el pueblo de Keila, a quien David acaba de rescatar de los filisteos, a David y a sus hombres a las tropas de Saúl? Keila era una ciudad fortificada con murallas, puertas y cerrojos, pero ni la ciudad ni nadie que se escondiera allí estaría a salvo del poderoso ejército de Saúl. Dios le habla a David y le advierte que le sucederán cosas malas si se queda. El pueblo (como suele ser la gente) es voluble y Dios le advierte que lo entregarán para salvar su propio pellejo. Así que David escucha a Dios y se retira, no solo salvando su vida y la de sus tropas leales, sino también la de los volubles habitantes del pueblo, que parecían estar entre la espada y la pared.

Saben, cuando analizan este pasaje, hay cosas asombrosas escritas en la trama de esta historia. Obviamente, alguien le está contando a David lo que Saúl trama. Lo vemos en el versículo 9 y de nuevo en el versículo 15. Veamos esta parte del pasaje. Mientras David estaba en Hores, en el desierto de Zif, se enteró de que Saúl había salido a quitarle la vida. El siguiente versículo, el 16, es muy revelador: «Y Jonatán, hijo de Saúl, fue a ver a David en Hores y lo ayudó a encontrar fuerza en Dios».

Ahora bien, la Escritura no especifica quién le informó a David sobre los movimientos y planes de Saúl, pero claramente era alguien con información privilegiada. Quizás, por la

forma en que está escrito, el escritor quiere que deduzcamos que Jonatán le proporciona a David esta información vital sobre los movimientos y planes de las tropas y las intenciones de su padre, el rey Saúl. No lo sabemos, pero es interesante.

Así que aquí dice que Jonatán "ayudó a David a encontrar fuerza en Dios". ¡Guau! Eso es impactante. Aquí está David, en el desierto de Zif, lejos de las comodidades del palacio, aún más lejos de las comodidades de lo que conocía en Belén. Está con este grupo de seguidores rudos y desorganizados. Debían estar cansados, hambrientos, sucios y fatigados de tanto correr. Nadie sabe exactamente cuánto tiempo llevaba David huyendo en ese momento, pero Saúl lo persiguió durante años.

Sin embargo, se ve el increíble valor de tener esta relación tan estrecha con Jonatán. Una relación que anima a David al guiarlo hacia Dios, la verdadera fuente de nuestra fortaleza. Y Jonatán, en el versículo 17, continúa: «No temas. Mi padre Saúl no te pondrá la mano encima. Tú reinarás sobre Israel, y yo seré tu segundo». Cuando Jonatán dice estas palabras: «No temas», es muy similar a cómo un ángel le hablaría a alguien. Directa, clara e inequívocamente: «No temas». En hebreo, la palabra usada es «yahray». Es interesante que esta expresión aparezca 365 veces en la Biblia hebrea y el Nuevo Testamento. ¡Eso equivale a un día en que se les dice «No temas» para cada día del año! ¡Tómalo en serio!

Recuerda que Saúl no quería que Jonatán fuera el segundo al mando, como dice Jonatán aquí. En el fondo de su alma, Saúl quería la muerte de David y que su linaje sucediera. Esta historia es extraordinaria, como comentó el pastor Brian la semana pasada. Jonatán podría haber estado celoso de David. Pero no lo estaba. No lo estaba porque Jonatán, al igual que David, conocía a Dios y confiaba en Él. Esa es realmente la fuente de todo lo que vemos aquí.

En esta historia, comparemos al rey actual, Saúl, con el futuro rey, David. Saúl es violento, asesino, desobediente, arrogante y egocéntrico; lo que probablemente hoy llamaríamos un sociópata y un narcisista. David no lo es. David, sin duda, no es un hombre perfecto, como veremos más adelante en su historia. Pero continúa buscando a Dios y su voluntad en las buenas y en las malas. Estos dos líderes son completamente diferentes en fe y rectitud.

Al comparar a este Jonatán con su padre, vemos una fidelidad, un amor y un apoyo increíbles de Jonatán hacia David. Y estos atributos que poseía Jonatán son los que Dios mismo le dio. Lo que Jonatán demostró es lo que se describe en el Nuevo Testamento como "el fruto del Espíritu": amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad,

mansedumbre y dominio propio (Gálatas 5:22-23). Aquí hay tres conclusiones de nuestro estudio de esta mañana:

Primero, Dios tiene una manera de desarrollar a su pueblo. Esto es así con David. En todas estas luchas de David lo vemos: tiempos difíciles. David huyó de Saúl durante años. Su vida fue amenazada repetidamente, y personas perdieron la vida por apoyar a David durante este tiempo. Otros ejemplos en la Biblia incluyen a José, uno de los hijos de Jacob, quien fue vendido como esclavo por sus hermanos cuando era adolescente, encarcelado durante varios años, acusado falsamente y olvidado por aquellos a quienes había ayudado. Pero de este dolor y sufrimiento, Dios creó a un hombre capaz de salvar a los israelitas en Egipto. Moisés, quien de bebé fue sentenciado a muerte por el faraón, terminó siendo criado en las cortes del faraón, pero se vio obligado a huir de Egipto bajo amenaza de muerte y vivió en el desierto de Madián pastoreando ovejas durante 40 años. Terminó guiando a más de millones de israelitas hacia la libertad. Amigos, a menudo es en el crisol de las dificultades, la lucha, el dolor y sí, el sufrimiento, que nos acercamos más a nuestro Salvador. Así que ese es mi primer punto.

Segundo, como seguidores de Jesucristo, debemos ser personas de profundo discernimiento. David sabía que Saúl era malvado, pero no estaba seguro de sus movimientos ni de sus planes finales. Pero David buscó a Dios. Le preguntó a Dios. Escuchó a Dios. Y al hacerlo, obedeció la dirección de Dios. Debemos ser este tipo de personas. Buscando la sabiduría de Dios, a través de Su Santo

Las Escrituras, la oración y la humildad ante Él, así como escuchar a quienes nos rodean y que Dios pone en nuestras vidas. Personas piadosas, amorosas y humildes.

En tercer lugar, como seguidores de Jesucristo, debemos ser personas de compasión, gracia y perdón, no personas de retribución y venganza, ni debemos aplaudir un comportamiento tan vil. David fácilmente podría haber descargado su frustración e ira en la gente de Keila. ¡David y su gente acababan de salvar a toda la ciudad de sus enemigos, arriesgando sus vidas para lograrlo! Sin embargo, estas mismas personas iban a traicionar a David para salvarse a sí mismas. No, David no les ofreció un plato de venganza y falta de perdón. No lo hizo. De hecho, al salir de la ciudad, salvó a ese pueblo de la ira de Saúl que Nob experimentó anteriormente.

Hoy, cuando consideramos a quiénes deseamos que sean nuestros líderes, ya sea a nivel local, del condado, estatal o incluso en Washington, D. C., debemos evaluar a nuestros líderes de la misma manera que Dios lo hace. Debemos observar su comportamiento, su disposición a buscar a Dios, a seguir sus leyes y a tratar a los demás con dignidad y respeto. Les digo la verdad: ahora mismo nos encontramos en una situación muy precaria

en nuestra nación, en todos los niveles de nuestro gobierno. Estoy cada vez más convencido de que nuestro país ha sido y sigue siendo un país muy vulnerable. Una nación que, aunque confiamos en Dios, vive como si el dólar fuera nuestro dios. Hemos tenido, y creo que seguimos teniendo, personas que intentan liderar, mentirosas, ladronas, estafadoras y con las manos manchadas de sangre. Decimos el Juramento a la Bandera en nuestras escuelas, que termina con «Libertad y justicia para todos». Pero fracasamos, como en el antiguo Israel, en brindar libertad y seguridad a quienes viven en la pobreza, a quienes sufren y están agobiados por todo tipo de sufrimiento. No estoy criticando a ningún partido político, pues hay suficiente culpa para todos, sin importar quién esté en el poder. Pero les digo, cuando el pueblo de Dios prioriza el dinero, las posesiones, el consumo y la voluntad propia sobre lo que Dios ha llamado a su pueblo a hacer... ¡cuidado! Debemos tener mucho cuidado de no dejarnos engañar creyendo que mezclar política, religión, sistemas financieros y el anhelo de seguridad en una sola licuadora para luego servirnos un trago satisfactorio; una bebida que en la boca es tan dulce y, sin embargo, produce una amargura en el estómago como una hiel nauseabunda. Tengan cuidado, porque la forma en que una nación trata a sus más débiles y vulnerables es como será juzgada. Cómo una nación gasta su dinero... cómo una nación muestra compasión por el mundo o no... así será juzgada.

Para terminar, permítanme decir esto: David, en este punto de nuestra historia, es el rey ungido de Israel, pero no es el rey en funciones. Ese momento llegará, y lo veremos desarrollarse en las próximas semanas, así que estén atentos, porque en el caso de David, su vida se desarrolló a través de la obra de la voluntad de Dios en su vida, día a día. Surgió a través de una nación que buscaba a Dios, y Dios les dio un líder piadoso. Oremos todos hoy y de ahora en adelante por nuestra nación, por nuestro gobierno en todos los niveles, para que prevalezca la justicia; escuchen mientras leo 2 Crónicas 7:14, 14: Si mi pueblo, sobre el cual es invocado mi nombre, se humilla y ora, y busca mi rostro, y se aparta de sus malos caminos, entonces yo escucharé desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra.

Oremos:

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por siempre. Amén.